



**Precio: 15 céntimos**

NUM. 13

# Ayuntamiento de Madrid



# Un Primero de Mayo victorioso. Se conquistó el Santuario de la Cabeza



Se inicia el ataque definitivo. La artillería y los tanques batían el Santuario, desde el cual hostiliza el enemigo.

El Teniente Coronel Cordón, jefe de operaciones del Ejército del Sur, que con su inteligente labor de agitación y propaganda hizo posible el abandono del Lugar Nuevo por los guardias civiles sublevados y logró crear una situación de ánimo en los sitiados, favorable a nuestra operación sobre el Santuario.

Con su gran interés por evitar sufrimientos a mujeres y niños y su decisión firme en la hora de ordenar el ataque, este buen militar ha demostrado que junto a nuestra preparación y capacidad, podemos dar pruebas de nuestro espíritu humanitario.

En la conquista del Santuario, el Teniente Coronel Cordón, ha sido el cerebro de la operación.



La bandera del Sur apenas con-



Los rebeldes, abandonando su actitud agresiva ante el empuje de nuestras fuerzas, se rinde a ellas



Las mujeres reciben, llorando de emoción, la ayuda de los soldados del pueblo.



Una de las mujeres libertadas cuenta a un soldado las miserias a que la sometían Cortés



El soldado conduce orgulloso a la anciana salvada de los horrores del Santuario.



Otras mujeres, a las que un forjador de nuestra victoria promete una vida feliz.

## Toma de la Cabeza

Negras montañas, que oscuras se me aparecen agudas de negros picos redondas de negros vienes por ellas sube Cartón con su Brigada de héroes. En la madrugada se oyen vagos rumores de fiebre, pues la sierra de la Virgen un monte enconado tiene

Filo de las seis y medio pálido sol de las siete a tu luz la artillería en polvo negro florece. Tras de las jaras después latidos de vida fuerte todas las rocas vomitan docenas de hombres valerosos y la ermita de la Virgen desafiadora se yergue como la verde cabeza de acorralada serpiente.

Entre las rocas avanzan siluetas diferentes se esconden tras de las se levantan, corren, disparan con sus fusiles finos mensajes de muerte arrojan bombas de mano bombas de sangre caliente la ametralladora en ráfagas el viento andaluz detiene

Uno va con la bandera los tiros no le commueven lleva en los ojos la llama del campesino consciente el fuego de la verdad que ante nada se detiene

Tras de las rocas avanzan siluetas diferentes rodean, cercan, estrechan cantan, disparan y ven En la puerta de la ermita blanca rendición se muestra Por allí entra Cavale

las mujeres. un saliendo las rebeldes para faja negros verdes.

as, que claras, se aparecen ya no hay fascismo, era, no hay muerte.

de aceite naves bajan andas pendientes verdes troncos de agua alegre. el Santuario de la Muerte, ro sin cabeza serpiente, de enemigos vez ven a verle de Cartón viene

de las trochas de duro temple".

as floridas de detienen. va viva de los héroes. el gozo cumplido tiene escansan miran

ma vieron as rebeldes laboradores insolentes. que hay manos traidoras mas contesten osos victoriosos a puente: que iremos sucede de fusiles será un peine".

HERRERA PETERF



El Comandante Martínez Cartón, jefe de la 16 Brigada, que llevó a cabo la operación del Santuario de la Virgen de la Cabeza. Este buen militar, antes obrero tipógrafo, organizador de los primeros guerrilleros extremeños, ha realizado la operación de la toma del Santuario, con un valor y un espíritu de victoria que ha sabido inculcar a sus soldados.

Luchador antifascista, supo conquistar el Santuario y atender, una vez rendidos los sublevados, a los niños y mujeres, obligados por los fascistas a permanecer en el Santuario hasta el último momento.

Las fuerzas de su Brigada que tomaron parte en la operación, así como los del Batallón de Jén, fueron mandados por este hombre que supo valientemente dirigirlos.

FRENTE SUR saluda al Comandante Cartón destacado dirigente del Partido Comunista.

El ya glorioso Ejército Popular—jaquellas primitivas milicias siempre a la defensiva— Siguiendo la consigna de ofensiva en todas partes, ha obtenido un gran triunfo, haciendo desaparecer el reducto faccioso del Santuario de la Cabeza



Los prisioneros desfilan ante los soldados, que han curado y vendado sus heridas.



Un guardia civil solícitamente atendido en el hospital.



Mujeres y niños hambrientos se disputan la comida que les ofrece uno de nuestros hombres.



Las mujeres, con su cargamento de hijos, se preparan a ser transportadas a uno de los edificios del Socorro Rojo.



# La rendición de la Cabeza

Por MIGUEL HERNANDEZ

## EL DÍA DEFINITIVO.

Es el día primero de mayo. Hombres de la 16 Brigada Mixta y del Batallón Jaén despliegan una actividad silenciosa, precursora de un violento ataque al enemigo, en las trincheras que ocupan frente al Santuario y Cerro Chico. El edificio de la Cabeza amanece ante el alba sangriento y oscuro. En él veía yo la representación de un monstruoso tricorno enarbolado, con desgarrones abiertos por nuestra munición. Dentro del pétreo tricorno sentía latir angustioso el corazón de las mujeres y los niños encerrados por Cortés. Hasta el último momento se le gritó por el altavoz que diera libertad a aquellos seres: hasta el último momento se apoyó en ellos para hacer más larga, ensangrentada y cruel la resistencia.

Al cruzar con el comandante Carlos y Pless hacia el puesto de mando vi tres evadidos de aquella misma noche. Fumaban con los soldados y señalaban la situación de los parapetos enemigos. Llegamos al puesto de mando. Allí encontramos a Pedro Martínez Cartón, que daba órdenes urgentes. El teléfono sonaba sin interrupción. La voz de Pedro Martínez se repartía por él con insistencia. Un viento frío nos reducía la piel a todos. La artillería inició su fuego hacia las seis, cuando la claridad de la mañana definía por completo el perfil victorioso de las sierras.

## MARTINEZ CARTON.

Parece un hombre hecho de manojos de fibras: ágil, enjuto. Observa al enemigo, ordena el avance, se impacienta, atiende a los que le rodean finalmente, va al teléfono, vuelve a la observación, y su voz metálica se desborda en insultos, amenazas y, a veces, interjecciones expresivas. Cuando no resulta el movimiento que ha ordenado como él desea, se le ve sufrir, arder por dentro, lleno de mucho amor propio y mucho hueso vibrante. Ha llevado a feliz término la operación de conquista del Santuario, pero no a la hora que anhelaba.

## PLESS CON SU ARMA DE COMBATE; LA MAQUINA FOTOGRAFICA.

Bajo las granadas de la artillería los muros del Santuario se desplomaban entre humo blanco y negro, y los ecos de las montañas redoblaban los retumbos de las explosiones. El estampido se oía doble, aullante, con un interminable fragor de lobo.

A las ocho avanzaron seis tanques hacia Cerro Chico. Pless se desliza tras uno de ellos con un grueso de infantería, dispuesto a dar su vida por lograr una foto-

grafía buena. Pless es un germano maduro que peleó en la guerra europea y que, por tanto, tiene sabrosas experiencias. Sus cincuenta años no le estorban para correr y reír como un enano y en las trincheras parece un patriarca fotógrafo y guerrero.

Por los periles de Cerro Chico se arrastraban guardias civiles, y el canon del ruso les brillaba con un brillo feroz en la luz. Detrás y junto a los tanques iban pecho arriba nuestros soldados. El comisario del 4.º Batallón de la Brigada empuñaba una bandera con el propósito de plantarla en la cumbre del cerro en cuanto se tomase. Era el principal objetivo ambicionado. Dueños de Cerro Chico, el Santuario quedaba indefenso, expuesto a las balas desde todas partes. Los muchachos avanzaban animosos y uno se puso a cantar por lo hondo, como si no le acañara la muerte.

Pless disparaba su arma fotográfica y avanzaba con ellos.

## EL COMBATE.

El enemigo, que dominaba a la perfección nuestras posiciones desde la altura de los dos cerros, se hallaba preparado contra el movimiento ofensivo de nuestras armas en sus puntos más estratégicos, y los dos ruegos se cruzaron carniceros.

Una de las ametralladoras emplazadas en el Santuario extendía su plomo a lo largo del campo, y las balas se ahogaban en la tierra moviendo aire junto a las orejas de los soldados, salpicándolos de barro, haciéndolos escupir tierra. Pero el ejército del pueblo sabió decidirse desde el primer momento a vencer y a morir, y los hombres de este ejército que ocuparon el Santuario subían paíno a paíno hacia Cerro Chico desprendiéndose de las zarzas, tendiéndose, levantándose, cayendo de claro en claro alguno con la pechera como una bandera tinta y mojada. Los camilleros se llevaron al capitán Haro del combate con un balazo y un camillero mismo dobló el cuerpo sobre la camilla que conducía.

La artillería desvió el fuego hacia Cerro Chico y la silueta de los guardias civiles manchaba el cielo buscando protección contra las granadas. Un soldado arrebató la bandera al comisario del 4.º Batallón y gritó:

—¡Adelante el ejército del pueblo!

Entre una ráfaga de balas llegó hasta lo más alto del cerro deseado y allí se mantuvo en el espacio de varios minutos dando vivas a la independencia de España y arrojando contra los del tricorno bombas de mano. Hubo de retirarse porque el fuego enemigo le perseguía y acorralaba.



Los rebeldes han colocado la bandera blanca de rendición sobre el Santuario. Un soldado grita: "¡no tirar!".

En medio del encarnizado combate se abrían ligeras treguas para tomar aliento, y el silencio, despojado de disparos y explosiones, recobraba su intensidad serrana. Una lluvia helada golpeaba manos y rostros, pero existían fuegos que no logra apagarlos ni el agua, ni la nieve, ni el granizo, y el de la guerra y el del entusiasmo son dos.

Los tanques cumplían su misión destructora magníficamente, trepando por las piedras hasta donde permitían los fosos abiertos por el enemigo. Cuando uno enmudecía agotado de munición iba a reemplazarlo otro, y los tanquistas del que volvía por nueva carga se asomaban deseosos de respirar con libertad.

Andando por unas trincheras llenas de agua llegué hasta unos parapetos cercanos al Santuario. La metralla de una granada que explotaba en aquel momento me rozó el brazo derecho y se clavó en la tierra. Avanzando con el cuerpo inclinado fui a detenerme en un punto de la carretera que batía desde la Cabeza una pistola ametralladora. Siete hombres cayeron allí y unos cuantos compañeros que se habían cobijado en un repecho no se atrevían a seguir adelante. Seguimos amparados por uno de los tanques que regresaban a la pelea y nos colocamos con los demás al pie de Cerro Chico, con los fusiles encendidos. A mi lado desfilaban las camillas con heridos y muertos que parecían jaras pálidas en los jarales. Y la jara me parecía desde entonces el rostro de un cadáver oloroso.

## LA TOMA DEL CERRO.

Las tres y media de la tarde me pareció la hora que sería. El sol que andaba el día jugando con nubes desapareció bajo una masa grandiosa, voluminosa, que prometía una pasajera tempestad. Sobre nuestras espaldas empezó a descargar un granizo duro, deshecho a poco de caer por el calor de nuestros poros. Los truenos se unieron a las baterías y a los fusiles, y Sierra Morena retumbaba y se estremecía como próxima a desplomarse en no sé qué abismo de agua. La guerra era entonces terrestre y celeste, con infantería y artillería doble, con relámpagos que se ahogaban en los horizontes fieros.

Existen fuegos que no logra apagarlos ni la lluvia, ni la nieve, ni el granizo, y el de la guerra y el del entusiasmo son dos. Seguimos avanzando cerro arriba. Veíamos aplastarse contra las piedras la guerrera verde de los guardias civiles que caían y la chaquetilla de pana de muchos compañeros. Hubo un momento en que la cumbre del cerro fué nuestra y del enemigo a un tiempo. En medio de truenos y explosiones gritábamos con todo el pecho, y una voz más poderosa que la de los cielos y la tierra se clavaba en nuestras orejas.

—¡Adelante el ejército del pueblo! ¡Adelanteeee!

La nube tempestuosa se retiraba reculando. Un soldado que tenía a mi derecha, se levantó con una bandera roja iluminada por una luz especial, saltó sobre la piedra más alta de Cerro Chico y allí permaneció varios minutos; los precisos para que el sol irrumpiera sobre él y lo rodeara de resplandores y hermanuras nunca vistos entre un cerco de balas. Inmediatamente subimos en avalancha, con un grito in-

descriptible entre la dentadura. Los guardias civiles retrocedían hasta el Santuario. Cerro Chico quedaba en nuestro poder.

## LA RENDICION.

La artillería intensificó su fuego contra el reducto de la Cabeza; los tanques también. Sobre uno de los muros rotos del Santuario aparecieron dos figuras con una bandera blanca y otra roja. Suspendimos el fuego. La rendición se consumaba. Los soldados no podían contenerse en las trincheras. Saltaron de ellas muchos y los guardias que quedaban rebeldes hicieron varias bajas. Del Santuario comenzaron a brotar mujeres y niños. Unos ciento cincuenta guardias civiles vinieron hacia nosotros con los brazos en alto. Un soldado se encontró con un hermano suyo, guardia civil, y se abrazaron llorando. Pude comprobar en aquellos momentos la grandeza del corazón popular: ni un insulto, ni una ofensa salió de la boca de los soldados, que ayudaban a curar a los heridos y echaban los niños sobre sus hombros. Muchos se conocían y se estrechaban la mano con emoción.

—¿Para qué habéis dado tiempo a esto, compañeros?—decían, mientras curaban las heridas, nuestros hombres.

A mí me creyó un teniente paisano mío de los prisioneros y me reí de su equivocación un poco tristemente.

## EL CURA SUICIDA. HABLA MARTINEZ CARTON.

—Aquel que llevan en la camilla es Cortés, que ha sido herido en el vientre, al intentar impedir la salida del sótano a las mujeres, por el último morteroazo. Esto me dijo un compañero señalándome la carretera por donde cuatro camilleros se alejaban. Sentía yo más avidez de enfrentarme con las mujeres y los niños que de ver al siniestro cabecilla.

A la entrada del Santuario se removía una muchedumbre de cuerpos desfallecidos, de cabezas polvorientas y despeinadas. Llanto y desolación. Esta era la obra de un ambicioso y vanidoso capitán, que había impuesto el sacrificio a un puñado de criaturas inocentes.

Entré en el Santuario: acababa de suicidarse un cura que yacía entre los escombros. Un olor a respiraciones concentradas, a basura humana, a cadáver, llenaba la atmósfera de aquel recinto que más bien parecía un antro que un lugar de oración. Dos hombres agonizaban sobre unas piedras. Salí oprimido a respirar el aire de fuera. Martínez Cartón dirigía en aquel instante la voz a las mujeres, ofreciéndoles en nombre del ejército del pueblo un hogar y un pan compartido. Luego se volvió a los prisioneros y les prometió dejarlos en las manos de la honrada justicia de la República. Casi todos alzaron el puño y dieron vivas emocionados.

## EL NIÑO INGENIERO Y EL SOLDADO ENAMORADIZO.

Mientras habla Martínez Cartón

se me acerca uno de los niños liberados.

—¿Me dejas los anteojos para mirar aquel tanque que se va?

Le doy los anteojos, y su mirada recorre tras ellos el campo.

—¿Cómo te llamas?—me pregunta luego.

—Miguel. ¿Y tú?

—Pedro. Quiero ser ingeniero. Aquí había uno italiano. ¿De qué calibre es el cañón del tanque? ¿Cuántas ametralladoras tenéis vosotros? Nosotros teníamos cinco. Si te hubiera conocido antes te hubiera regalado una pistola que he dado a un compañero tuyo.

—¿Y tú madre?

—Mírala allí con mis hermanos. Todas las noches, antes de que se fuera el cañón ahí enfrente, jugábamos a la guerra y yo hacía bombas de mano con barro. Después el cañón nos metieron en las madrigueras. Mira, los de Porcuna nos hacen señas con el espejo creyendo que todavía es nuestro el Santuario. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuando sepan que lo habéis tomado vosotros se van a poner más rabiosos! ¿Tú de dónde eres?

—De muy lejos. ¿Te vienes conmigo?

—No quiere madre. Pero yo te voy a ganar de pelear con un fusil como tú. Todas las noches me acuerdo queriendo tener al otro día veinte años y nunca paso de los siete.

Me tira de la ropa, me acaricia la mano y me indica un soldado que hay junto a una muchacha hablando con mucha pasión.

—Esa es prima mía. ¿Se casará con tu compañero?

(Pless me dice luego que ha fotografiado a la pareja y que el soldado ha pedido la dirección de estado para escribirle cuando se separe.)

Ni la niñez ni el amor conocen enemigos, y yo me siento pequeño junto a este niño salvado, como un compañero ha debido sentirse herido con una herida que no podía dibujar nunca las municiones.

## LA MUERTE DE CORTES.

A las doce del día dos de mayo ha muerto, a consecuencia de la metralla que le perforó el vientre, el cabecilla Cortés. Queipo ha perdido uno de los numerosos admiradores fascistas de su lenguaje de baretero y uno de los más fieles cumplidores de sus dictados de sangre. Se le atendió hasta que perdió el aliento con solitud. Refrescos de naranja y limón pedía y se sirvieron hasta su último instante.

En mis manos he tenido una fotografía que le han hecho momentos antes de su muerte. Su cuerpo agitado y sus rasgos curvos han dentro lo delatan como un hombre feroz, rapaz, mezquino.

El ha sido culpable de que una preciosa cantidad de nuestra juventud haya caído inútilmente. Él gimen en el hospital de Andorra muchos hombres de los que marchaban y en varias poblaciones muchas mujeres viudas y enfermas.

Jaén, 5 de Mayo de 1937.



Esta muchacha olvida las penalidades pasadas junto a Cortés, ante la cara de nobleza y amistad del soldado popular.

Visado por la censura